





Santiago de Liniers

El último leal

No era español, sino francés, pero sirvió a España con una devoción propiamente heroica. Santiago de Liniers, el último virrey del Plata, en la Argentina, defendió la bandera de su rey cuando ya todos le habían abandonado. Nada le obligaba a ello, pero Liniers entregó su vida por lealtad y por sentido del honor.

Un hombre que merece ser recordado.

José Javier Esparza

Vamos a empezar con una escena trágica. Es el 26 de agosto de 1810. Estamos en la Argentina de la independencia. Las tropas rebeldes van a ejecutar a un grupo de cautivos: los jefes de la resistencia realista. La comitiva se detiene al pie del Monte de los Papagayos, cerca de Córdoba. Una descarga acaba con la vida de los últimos leales. Los cadáveres son arrojados a una zanja. Entre las víctimas hay un hombre notabilísimo: **Santiago de Liniers**, virrey del Río de la Plata, el último leal a la Corona.

Nobleza obliga

¿Quién era **Santiago de Liniers**? Un francés: **Jacques Antoine Marie de Liniers et Bremond**, nacido en Niort en 1753. ¿Y qué hacía un francés defendiendo a la Corona española en 1810, cuando en España se libraba la guerra de la independencia precisamente contra los franceses? **Liniers**

era francés, en efecto, pero tenía poco que ver con los de **Napoleón**. Antes de la Revolución, los pactos de familia entre los borbones de España y Francia permitían a los franceses participar en las empresas militares de España. No pocos aristócratas franceses se acogieron a ese derecho. Les importaba menos la nación que otros conceptos de más abolengo: el trono y el altar.

Liniers nace en una familia militar vinculada a la orden de San Juan de Jerusalén. Con 12 años ingresa en la escuela de la orden de Malta, de donde sale con la Cruz de Caballero. Sirve en el Ejército francés como oficial de Caballería. Es ante todo un cruzado: quiere luchar por la Cruz y la Corona. Así, se alista en una de las cruzadas francesas en Argelia. Y concluida esta, encamina sus pasos a España para ser oficial de nuestra Armada. Renuncia a su carrera previa y marcha a Cádiz, donde se examina como guar-



diamarina. En 1775 es alférez de fragata. A partir de ese momento, **Liniers**, que ya no es **Jacques**, sino **Santiago**, despliega una carrera brillantísima. Combate sin cesar. En Gibraltar se distingue al apresar un corsario inglés. Al mismo tiempo, se integra en la vida social española: se casa en Málaga con doña **Juana de Menviel**. Hombre respetado y militar distinguido, en 1788 la Corona le envía a América: debe organizar una flotilla de cañoneras en el Plata. Así, cruza el Atlántico. Y será para siempre.

En Buenos Aires contra los ingleses

En Argentina, **Liniers** empieza a vivir tantos éxitos como amarguras. Los éxitos vienen de su carrera militar: cumple a plena satisfacción su cometido con las cañoneras, dirige la fortificación de Montevideo, se le promueve a jefe de la escua- ➔

» Liniers acude a Buenos Aires y comprueba que hay un grupo dispuesto a resistir

» drilla española, luego a gobernador de Misiones, después a jefe de la estación naval de Buenos Aires. Pero las amarguras vendrán del lado personal: su esposa, Juana, muere en 1790; se casa de nuevo con **María Martina Sarraeta**, la cual muere a su vez en 1804. Por otro lado, las envidias de sus compañeros no dejan de hacerle mella y se ve relegado a un mando menor, el de la ensenada de Barragán. Y para colmo, su hermano mayor, el conde de **Liniers**, entra en secreto contacto con los ingleses, es decir, los principales enemigos de España, que no van a tardar en intentar apoderarse de Buenos Aires.

Pero precisamente frente a los ingleses iba a escribir **Liniers** una página imborrable. Tras la derrota de Trafalgar, en 1805, la flota española ya no es capaz de cubrir sus bases ultramarinas. Los ingleses lo saben y van a intentar doblegar el dominio español en América. Uno de sus principales objetivos es precisamente el Río de la Plata. ¿Montevideo o Buenos Aires? Los españoles creen que Montevideo; los ingleses, sin embargo, atacarán Buenos Aires. Estamos en 1806. Una poderosa flota al mando del comodoro **Home Popham** se dirige al Plata. **Liniers**, desde su puesto avanzado en Barragán, los ve pasar. Cursa aviso al virrey, **Sobremonte**, pero este, que cree que van contra Montevideo, reacciona torpemente. Los ingleses toman Buenos Aires con escasa oposición. El general **Beresford** se convierte en jefe de la ciudad. El virrey huye a Córdoba. **Liniers** acude entonces a Buenos Aires para explorar la situación: comprueba que hay un grupo de patriotas dispuesto a resistir y que han organizado un auténtico Ejército secreto. Era lo que **Liniers** necesitaba.

Nuestro hombre vuelve a Montevideo. Obtiene del gobernador armas, munición, hombres y embarcaciones. Con esos pertrechos va a ejecutar una de las operaciones más audaces de la historia. Primero había que burlar la vigilancia de la flota británica. Lo hará de forma temeraria: aprovechando un largo y áspero temporal que inmovilizó a los barcos enemigos, **Liniers** cruza el Plata entre el bravo oleaje, desembarca en la otra

orilla y, siempre bajo la tormenta, se dirige a Buenos Aires. Es el 12 de agosto de 1806. A los ingleses los coge por sorpresa. Sorpresa que aumenta cuando en las calles de la ciudad aparecen, de repente, los hombres del Ejército secreto de los patriotas. **Beresford** se rinde.

Aquella victoria convirtió a **Liniers** en el hombre más admirado de Argentina. Los patriotas lo eligieron jefe militar. **Liniers**, que ante todo era un caballero, concedió a **Beresford** una capitulación honrosa y dejó al inglés en Luján. Nunca debió hacerlo: el general enemigo escapa con ayuda de dos traidores, se reúne con la flota de **Popham** y prepara el contraataque. Quizá **Liniers** lo sabía todo de antemano. El hecho es que, sin perder un minuto, organiza la defensa. El 6 de septiembre de 1806 promulga un bando de intenso sabor patriótico. Los voluntarios afluyeron por miles.

En pocas semanas **Liniers** levantó un Ejército de 8.000 hombres. Pero esta vez los ingleses no atacaron primero Buenos Aires, sino Montevideo, donde el virrey **Sobremonte** no pudo ofrecer resistencia. Entonces el Cabildo de Buenos Aires hizo algo insólito: depuso al derrotado **Sobremonte** y eligió nuevo virrey del Río de la Plata al propio **Liniers**. La amenaza era enorme: nada menos que 10.000 hombres concentraron los ingleses frente a la capital. Pero Buenos Aires había decidido resistir. Y cuando el enemigo atacó, se produjo el milagro. Los británicos habían previsto un choque dentro de la ciudad, pero sus columnas fueron aplastadas antes de entrar en ella. Los británicos se retiraron no sólo de Buenos Aires, sino también de Montevideo. Inglaterra había sido vencida. El Rey de España confirmó a **Liniers** como virrey del Río de la Plata.

De la gloria a la tragedia

No eran, sin embargo, días propicios para la gloria. Sobre los éxitos de **Liniers** volvían a acumularse los sinsabores. Por una parte, Francia invadía España: a **Liniers**, que era francés, su origen le valió grandes hostilidades. Por otro lado, el ya veterano general, viudo, había buscado consuelo en los brazos de una dama peligrósísima, la bella **Ana Perichon**, muy mal vista por el pueblo, que la llamaba *la Perichona*, y que había estado en tratos con los ingleses (y con los franceses, los portugueses, los españoles y los independentistas: una auténtica **Mata Hari**). *La Perichona* convirtió la alcoba de **Liniers** en un despacho de



influencias. Al virrey se le acusó de favoritismo y corrupción. Y sobre todo: ya muchos conspiraban contra la Corona en el Río de la Plata. El gobernador de Montevideo forma una junta que se aparta del control de **Liniers**. Finalmente, la Junta Suprema Central, desde España, le destituye. A **Liniers** se le concede una salida digna: es nombrado conde de Buenos Aires. Abandona la ciudad y se instala en el campo, en Córdoba. Es julio de 1809. Al héroe le queda poco por

» Burla la vigilancia aprovechando un temporal que inmovilizó a los barcos enemigos



» La Junta le ha condenado a muerte junto a todos los líderes del partido español

ra bien, en Buenos Aires **Liniers** seguía siendo un héroe; había que impedir por todos los medios que llegara a la capital. La misión se encomendará a uno de los más fervientes revolucionarios: **Juan José Castelli**, hijo de un comerciante veneciano, ex sacerdote, agitador jacobino, el mejor orador de la revolución. Es este **Castelli** quien el 26 de agosto ejecuta el fusilamiento de **Liniers** y los demás líderes realistas. Serán los primeros de una larga cadena.

Así concluyó la historia trágica de **Liniers**, el último leal. Igualmente trágico, pero menos glorioso, fue el final de los otros protagonistas de nuestra historia. **La Perichona**, que había sido expulsada a Río de Janeiro por el propio **Liniers**, pugnará en vano por volver a la Argentina; morirá exiliada en Río, en 1847, con 72 años. En cuanto a **Castelli**, el ejecutor jacobino, tendrá un desenlace atroz. Después de pasar a sangre y fuego el norte de la Argentina, aniquilando enemigos y profanando iglesias en un puro vértigo de terror, fue derrotado por los realistas en Perú. De vuelta a Buenos Aires, terminó detenido por el nuevo Gobierno y encarcelado por sus abusos. En la cárcel perdió **Castelli** el habla por un cáncer de lengua, de modo que el mejor orador de la Revolución asistió a su propio juicio en silencio. Ese cáncer lo mató en 1812, antes de que se dictara sentencia.

El cadáver de **Liniers** fue recuperado. Medio siglo después, sus restos viajaron a España. Fueron recibidos con honores militares y enterrados en Cádiz. La familia de **Liniers** repudió el título de conde de Buenos Aires; en su lugar adoptó el de conde de la Lealtad, confirmado por la Corona española. Lo que hoy nos queda es el recuerdo de un hombre que fue tal vez el último caballero en un mundo que cambió brutalmente ante sus propios ojos. El último hombre leal. ■

hacer allí; prepara su retorno a España. Pero nunca llegaría a emprender viaje.

Con España ocupada por los franceses, el poder virreinal en crisis y los ingleses tejiendo intrigas, toda la Argentina se convierte en un hervidero. El poder de verdad lo ostenta la burguesía local. En mayo de 1810, los nuevos amos de Buenos Aires se sublevan. Durante un mes se suceden los movimientos. Primero, el cabildo se emancipa en nombre del Rey de España contra el dominio napoleónico. Después, termina proclamando la independencia. La deriva jacobina ya es irreversible. **Liniers** está lejos de todo eso, pero acuden a contárselo. En realidad, nada le obligaba a meterse en aquel asunto: había sido apartado de cualquier responsabilidad. Pero, para el veterano militar, la traición del cabildo era inconcebible. Esto es lo que contestó a quienes le informaron de los acontecimientos:

“Será necesario considerar como rebeldes a los causantes de tanta inquietud. Como militar, estoy pronto a cumplir con mi deber. Y me ofrezco desde ya a organizar las fuerzas necesarias. (...) La conducta de los de Buenos Aires con la madre patria, en la situación en que se halla debido al atroz usurpador **Bona parte**, es igual a la de un hijo que viendo a su padre enfermo, pero de un mal del que probablemente se salvaría, lo asesina en la cama para heredarlo”.

Liniers se aprestó a volver al combate, pero no tendrá opción. Los refuerzos que espera no llegan. En Buenos Aires, mientras tanto, la Junta le ha condenado a muerte; a él y a todos los demás líderes del partido español. El 10 de agosto es detenido en Córdoba. Sin embargo, matar a **Liniers** es demasiada tarea. El cabildo de Córdoba elude la responsabilidad y envía al general a Buenos Aires. Aho-

LA SEMANA QUE VIENE

Manuela Malasaña